



En este escrito para la fiesta de la Virgen de la Guardia, años después de la inauguración del Santuario en Tortona y, como en tantos otros escritos, Don Orione manifiesta su gran devoción por María Santísima y nos anima a poner nuestra confianza y amor en Ella.



Para la fiesta de la Virgen de la Guardia
29 de agosto de 1936.

Exultemos todos en el Señor, oh hermanos, y celebremos las virtudes de la Beata Virgen María, de cuya gloria gozan los ángeles. Si se observa el complejo de nuestras inclinaciones morales, me parece que necesitamos de tres virtudes: humildad, pureza y caridad.

A los desenfrenos del orgullo el freno de la humildad, a aquellos del sentido el freno de la humildad, al egoísmo, el empuje de la caridad. Estas virtudes son también tan humanas, tan sociales, que la sociedad se rige, en gran parte, sobre ese tanto que de esas virtudes hay aún.

Pero el ideal de la virtud, nutrido en el aire, nos deja fríos. Nosotros

necesitamos ejemplos, modelos. Ahora bien, María no es sólo el dulce nombre, que hace vibrar las cuerdas más recónditas del corazón, porque es la Madre de Dios y nuestra; mas María inunda nuestro espíritu de una conmoción suavísima, también porque ella nos da el modelo insuperable de la virtud...

El hermoso ideal de la humildad, de la pureza, de la caridad, nosotros lo sorprendemos en María, en aquellos hechos que el Evangelio, con tanta sapiencia, nos ha transmitido.

En María está el más perfecto ideal de humildad, y Dante, en el momento en que necesita en el Purgatorio un ejemplo de

“En Ti y solo por Ti...”

humildad, evoca el hecho de la Anunciación. No podía elegir nada más eficaz.

Elevada a una dignidad que ninguna soberbia hubiese podido soñar, María no pierde el concepto de su humildad. Por encima de todas las mujeres, de las cuales es la bendita, delante de Gabriel, que la inclina reverente, no olvida el concepto de sí frente a Dios y se denominará la esclava, la criada del Señor. ¡Ecce ancilla Domini!

Y cuando las palabras de Elizabeth le harán sentir su gran dignidad de Madre de Dios, entonces el suyo no será un sentido de complacencia, sino de agradecimiento a Dios, y su pensamiento se elevará para bendecirlo sólo a El: ¡Magnificat anima mea Dominum!

¡Magnificat! Cántico sublime en el cual se siente todo el perfume de su genuina modestia. Alighieri dirá: “Humilde y alta, más que criatura.”...



“En el corazón de María arde la llama de la caridad, de un amor puro, santo, universal. Su amor lo ha dado a Dios: ese Dios, que es caridad y delante del cual empalidecen todos los otros amores, como, al aparecer el sol, empalidecen todas las otras estrellas.

A los pies de la cuna de Jesús, y a los pies de la Cruz de Jesús, encontramos a María, Madre de Dios; su corazón es todo uno con la vida y con el corazón de Dios.

¿Cómo no sentir latidos por María o rasgar las páginas del Evangelio o caer de rodillas a venerarla?”



El impulso del orgullo debería encontrar un freno en los impulsos de la carne. Nosotros, sintiéndonos tan inclinados al mal, deberíamos ser humildes, pero la soberbia, en lugar de ser un preventivo, encuentra en la sensualidad la más humillante degradación. La humanidad, cuando desvaría en la soberbia, cae en el torrente legamoso de la sensualidad.

Hermanos, cuando se aclaran las filas de los creyentes y de los humildes, se aclaran también las filas de los honestos. ¡Oh las páginas de crueldad y de dolor que ha escrito, con su afeminada desfachatez, el vicio!

La sociedad tiene una extrema necesidad de honestos. ¿Pero quién nos dará las hermosas generaciones de hombres castos? - ¡María, oh hermanos, María! ¡Esta virtud la aprendemos de María!

Oh, dejen que la juventud, en el alba rosada y floreciente de la vida, mire a la Virgen Celeste y, desde esa dulce visión, traiga ese vigor que le será escudo de pureza. Entonces la juventud podrá repetir con Godofredo de Buglione: “Mi brazo es fuerte, porque mi corazón es puro”. Y la Patria, nuestra amada Patria, tendrá un futuro siempre más cristiano, más grande y glorioso. Aquél que es más casto siente más la belleza, el perfume virginal de María, que pasó como un ángel sobre la tierra de fango...

Su corazón no se ha cerrado, no, a la bondad, a los afectos castos y gentiles. En el corazón de María arde la llama de

“En Ti y solo por Ti...”

la caridad, de un amor puro, santo, universal. Su amor lo ha dado a Dios: ese Dios, que es caridad y delante del cual empalidecen todos los otros amores, como, al aparecer el sol, empalidecen todas las otras estrellas.

A los pies de la cuna de Jesús, y a los pies de la Cruz de Jesús, encontramos a María, Madre de Dios; su corazón es todo uno con la vida y con el corazón de Dios.

¿Cómo no sentir latidos por María o rasgar las páginas del Evangelio o caer de rodillas a venerarla?

Y, en Dios, Ella amó de ardiente amor a todos los hombres: de un amor, después del de Cristo, que permaneció insuperado. Dejamos el hecho de las bodas de Caná, que revela toda la ternura de María, el amor generoso que arranca al Hijo el primer milagro, amor delicado, que hace el beneficio y lo oculta, para no hacerles sentir a los beneficiados el peso del reconocimiento.

¿Mas cómo no recordaremos que, por amor a nosotros, consintió en ser la madre de Dios? ¿que, por amor de nosotros, consintió inmolar al único Hijo?- que fue un sacrificio más hermoso y heroico que si se hubiera dado ella misma...

¡Oh, qué escuela de vida esparció a todas las generaciones humanas María Santísima! ¡Fue pobre, olvidada, descuidada! ¿Quién de los oradores, de los poetas romanos conoció a María? Y bien, ahora, ¿quién recuerda a esos

hombres que hacían hermosa la corte de los Césares? ”¡Los bueyes en las tumbas de los héroes apagan la sed!”

¡Y qué fuente viva de gracias, de consolaciones, de santidad es María!

¡Cuántos a los pies de María, encontraron consuelo! Si la devoción a María no hubiese hecho otra cosa que enjugar las lágrimas de tantas esposas, de tatas madres, de pobres niñas traicionadas, ¿no bastaría para bendecirla?

¡Oh cuántos, en la tempestad de las pasiones, han reencontrado la calma, han tenido luz, fuerza, vida de María! Cuántas familias le deben a María la salvación de sus seres queridos, la paz, el amor, la concordia. Cuántos descarriados, cuántas almas ha salvado esta gran Madre de Misericordia.

Oh, elevemos la mirada y el corazón a María y cantemos al Altísimo un cántico nuevo, pues Dios en María ha hecho cosas admirables...

Te suplicamos, oh Señor, que, celebrando nosotros hoy las virtudes de Tu gloriosa Madre y siempre Virgen María, nos socorra su augusta intercesión para que, en el esplendor de su rostro, caminemos la vía de la humildad, de la pureza, de la castidad.

¡Y, bendita y digna de veneración eres Tú, oh María! ¡Aquí, nosotros venimos a tus pies, con leticia y alegría, con amor y confianza de hijos! ¡Que se eleve a Ti, como un aroma suave, nuestra oración: por todos me arrodillo y por todos Te

“En Ti y solo por Ti...”

ruego, oh Virgen Santísima, por todos!
En modo particular por la Pequeña Obra
de la Divina Providencia, por quienes
son amigos y benefactores de nuestros
huerfanitos y de nuestros pobres.

¡Oh Virgen Madre, acuérdate de
nosotros, en presencia de Dios; háblale
a Tu Divino Hijo por nosotros
pecadores, por nosotros ofrece Tus
lágrimas oh Santa Madre del Señor! ¡Y
que yo llore, entre tus brazos maternos,
mis grandes miserias, llore de dolor,
llore de amor, confunda con las Tuyas
mis lágrimas y todo mi llanto con la
Sangre de Jesús, mi Dios y mi Amor!

¡Que este pobre hijo tuyo, oh Santa
Virgen de la Guardia, sea en vida,
muerte et ultra, el loco de la caridad, el
ebrio de la Cruz y de la Sangre de Cristo
Crucificado!..

¡Qué la Santa Virgen nos consuele y
bendiga! ¡Y benditos sean todos, oh
hermanos: sean siempre benditos! ¡Ave
María!

Don Orione

